

# 1. LA LLUVIA AMARILLA de Julio Llamazares.

El tiempo fluye siempre igual que fluye el río: melancólico y equívoco al principio, precipitándose a sí mismo a medida que los años van pasando. Como el río, se enreda entre las ovas tiernas y el musgo de la infancia. Como él, se despeña por los desfiladeros y los saltos que marcan el inicio de su aceleración.

Hasta los veinte o treinta años, uno cree que el tiempo es un río infinito, una sustancia extraña que se alimenta de sí misma y nunca se consume. Pero llega un momento en que el hombre descubre la traición de los años. Llega siempre un momento —el mío coincidió con la muerte de mi madre— en el que, de repente, la juventud se acaba y el tiempo se deshíela como un montón de nieve atravesado por un rayo. A partir de ese instante, ya nada vuelve a ser igual que antes. A partir de ese instante, los días y los años empiezan a acortarse y el tiempo se convierte en un vapor efímero —igual que el que la nieve desprende al derretirse— que envuelve poco a poco el corazón, adormeciéndolo. Y, así, cuando queremos darnos cuenta, es tarde ya para intentar siquiera rebelarse.

Maruja Torres  
(1943)

## UNA, DOS, TRES, CUATRO, UNA

Era un mediodía de sábado. Un poco frío. Amansado por el sol justo a la hora en que los habituales leen el periódico en la terraza del café situado frente a mi casa, en la plaza de árboles todavía jóvenes.

Yo alcanzaba resoplando el portal de mi edificio. De mis manos colgaban bolsas llenas de cajas de plástico con las que pensaba ordenar mi siempre caótico cuarto de baño. Pesaban lo suyo. Yo refunfuñaba, a sabiendas de que en cuanto dejara mi mercancía en el recibidor tendría que tumbarme para que mi pierna sin rótula se recuperara del esfuerzo. Mi amigo el periodista y escritor libertario Víctor Alba suele decir que la vejez es un colonizador del cuerpo. Oscar Wilde dejó escrito que lo malo de envejecer no es que uno sea viejo, sino que uno es joven. Sólo el cuerpo se marchita.



Bueno, yo pensaba en todo eso mientras dejaba las bolsas en el suelo y buscaba en mi bolsillo la llave del portal. De pronto miré a mi alrededor y abandoné todo movimiento. "Hay que reivindicar a Jacques Tati", me dijo en cierta ocasión el gran cineasta José Luis Guerin, "al hombre que pasea, observando y silbando".

No sé silbar, de modo que, en bien de la humanidad, permanecí silenciosa, pero observar forma parte de mi vida y de mi oficio. Miré a las azoteas y comprobé, con disgusto, que ha desaparecido el árbol que algunos ricachones con estilo solían mantener en una de ellas. Me percaté de que las cotorras que con el buen tiempo suelen anidar en las palmeras han desaparecido, en busca de un clima mejor. Y contemplé a la mujer que avanzaba hacia el centro de la plaza, en una silla de ruedas empujada por un familiar. Debía de tener más de noventa años y se hallaba completamente impedida: excepto los ojos, vivaces, sorprendidos quizá todavía por la avasalladora terrible colonización de la vejez, sonrientes también, quizá por la bendición del sol invernal. La suya es una presencia habitual en la plaza, pero ese día fue particular.

En la terraza del café, entre los grupos familiares, los padres con sus hijos y los hijos con sus perros, había una mujer de poco más de treinta años, con un libro abierto sobre la mesa, una cajetilla de cigarrillos y el rostro dirigido también al sol, los ojos cerrados y una sonrisa breve y profunda. Sonreía con la piel, no sé si me entiendes, y con las entrañas. A fondo.

Para entonces, una muchacha de menos de veinte llegó a la plaza corriendo rítmicamente, con el pelo sujeto por una banda elástica y un chándal precioso. No me gustan los chándales de colores mezclados, fantasiosos, pero la chica se cubría con uno gris discreto que, no sé por qué, me recordó Nueva York, y tal vez a Meg Ryan vestida de estar por casa en una comedia de amor. La joven se detuvo ante uno de esos bancos fijos de diseño que los viernes por la noche las pandillas de chavales bebedores cubren de grafitos. Hizo unas cuantas flexiones, con el rostro levantado también, ofrecido al sol.

Y fue en ese momento cuando nos vi a las cuatro, la chica que empezaba a vivir, la mujer que interrumpía su lectura para sumergirse en la luz de la mañana, la cincuentona que soy y que olvidaba el peso de las bolsas y de mi propio cuerpo, la anciana asediada por su cuerpo que aún aspiraba a recibir los dones cada vez más restringidos y preciados de la existencia. Cuatro mujeres y la misma mujer, pensé.

Alcé la cara y también me entregué al disfrute del sol. Cómo galopa el tiempo, me dije. Bajo el mismo sol, para gente que somos en cierto modo la misma, que cargamos con el mismo fardo esencial. Cuatro mujeres solas, una mujer sola en cuatro episodios que se resumen, se detienen en el aire puro y frío de una mañana de invierno.

Poco después, la mujer abrió el libro y siguió leyendo después de encender un cigarrillo, la muchacha reemprendió su jogging, yo empujé la puerta de la calle y presioné el botón del ascensor. Sólo la anciana permaneció quieta en su posición final, como si estuviera ensayando una benévola forma de despedida de este mundo que compartimos. Bañada por el sol y tal vez por los recuerdos.

- ⑰ De todos los textos que hemos leído hasta aquí, ¿cuál te ha gustado más? ¿Cuál te transmite más emoción? ¿En cuál reconoces algo tuyo? ¿Y tu profesor que opina?